

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Misericordia supera falta de amor
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Misericordia supera falta de amor (12 días)

Día 1

Lc. 10:25-37; Hch. 16:30.31

“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo; para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” Acá se nos involucra en una conversación que comienza con una de las más importantes preguntas. Pero en primer lugar queremos mencionar que nos podemos acercar a Jesús con cualquier pregunta, sea pequeña o grande. Podemos esperar una respuesta. Nada es demasiado grande, ni muy insignificante, Él escucha y responde. (Comp. Mt. 12:10-13; Mr. 4:10ss; 9:28.29; 13:3ss.)

Un maestro de la ley vino a Jesús: “¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” Esa pregunta se la hicieron varias veces a Jesús. Esa es la cuestión más importante para todos los hombres. Cada uno de nosotros se debe confrontar con la pregunta por la meta y el fin de su existencia terrenal. ¿Qué debe acontecer en mí, para que consiga la vida eterna? Cada persona abarca en su interior el anhelo por la eternidad. Como criatura de Dios no es fácil librarse de su Creador. (Lea Ecl. 3:11a).

Muchas personas anhelan una vida con sentido y buscan aquí y allí, pero solos no pueden encontrar el camino. Ellos necesitan la ayuda de aquellos que conocen y aman a Jesús.

Del maestro de la ley leemos que él preguntó a Jesús “para probarle”. Llama la atención que el Señor no reaccionó por el dudoso motivo, sino atendió la pregunta; pues Él quiso hablar con este hombre de letras acerca de lo esencial, de lo más importante. Él no ve solamente lo de afuera, sino el corazón con la necesidad oculta, quizás también de la búsqueda escondida. Jesús toma en serio a este hombre.

El evangelista Marcos nos comenta que Jesús en una conversación parecida dijo: “no estás lejos del reino de Dios”. (Lea Mr. 12:28-34)

Día 2

Lc. 10:26-28; Ro. 3:10-12

Como muchas veces, Jesús se dirigió a una persona en particular. Cada uno era importante para Él, cada uno era bienvenido. Cada cual debe poder sentir su misericordia y amor y también experimentar lo que es la verdad, lo que le importa a Dios. Para cada uno el Señor tenía tiempo. También para aquellos que se acercaron con desconfianza o los que querían hacerle daño. Jesús trataba de conseguir su confianza.

Con el maestro de la ley enlazó la charla respecto a su piedad, pero no para elogiar al hombre, sino para llevarlo más allá: “¿qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?”

La respuesta vino enseguida, él lo sabe muy bien, él es un intérprete de la ley, lo podía decir de memoria: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Así está escrito en la ley, y así lo había aprendido desde que era niño. (Lea Dt. 6:5; Lv. 19:18)

Jesús le dijo: “Bien has respondido; haz esto, y vivirás”. ¿Qué habría pasado si el maestro de la ley hubiera hecho lo que Jesús dijo: “¡haz esto!”?

“Si no se repitiera solamente dos veces al día, este mandamiento del amor hacia Dios y del amor hacia el prójimo, como era la costumbre, sino se la tomara en serio, entonces uno se puede solo humillar y reconocer cuán lejos está el cumplimiento del querer. Este mandato, que exige un corazón íntegro para Dios y el prójimo, tendría que afligir a uno, por supuesto cuando uno es sincero. Jesús quiso llevar al que le preguntaba a tal punto, en que se diera cuenta cuánto necesitaba la salvación, lo que también quiere decir cuánto necesitaba a Cristo”. (W. Lüthi; lea Lc. 5:8; 18:9-14; 19:8-10).

Día 3

Lc. 10:27; Stg. 2:8

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. El prójimo y mi amor a él, se los pone aquí del mismo valor y del mismo peso junto al amor a Dios. El mandamiento de amar a Dios no se puede cumplir de otra manera, sino amando también al prójimo.

Si usted es salvo y vive con Dios y para Él, entonces también su relación con su prójimo se afectará. “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1.Jn. 4:20; 3:14.17.18; 4:11.12).

Yo no estoy solo en este mundo. El prójimo está también, y puede ser que ese prójimo sea un estorbo o una tentación para mí. En un momento el corazón está lleno de paz y gozo, y entonces me encuentro con ese prójimo, que me dice una palabra que no me gusta, o me reprocha algo, o quizá me dice algo, que siento como una imputación. ¡Ojalá que esta persona no estaría tan conectado con mi trabajo y mi vida diaria!

Pero Jesús se identifica con mi prójimo. Por eso el amor al prójimo es “igual” a mi amor al Señor. En el prójimo visible me encuentro con el Señor invisible. (Lea Mt. 25:40.45; Col. 3:11) No podemos esquivar al prójimo, diciendo: Sí, yo amo a Dios, pero con el prójimo quiero tratar lo menos posible. Nos encontramos con la realidad: Jesús mismo es el abogado del prójimo. “Amarás al Señor tu Dios... Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (lea Mt. 22:34-40).

Día 4

Lc. 10:28.29; 2.Co. 4:3.4

A la respuesta de Jesús el maestro de la ley no reaccionó. Se esperaba de él que practique su conocimiento acerca del amor al prójimo. El hombre reaccionó esquivando. “Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?”

¿Acaso lo conocemos también? Mientras que aún quedan cuestiones sin respuestas, no debemos actuar. Puede ser incluso que quede bien, pues aparentamos una persona muy pensativa. Y así uno no tiene que actuar enseguida: por ejemplo, para pedir perdón, o acercarse al otro para ayudarlo. Uno puede preguntar: ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué yo? El otro empezó con la contienda, entonces, ¡él tiene que dar el primer paso! Además yo tengo la razón en este caso.

Uno puede esquivarse delante de Jesús con sus preguntas, como lo hizo la mujer en el pozo de Jacob, al comienzo de la conversación con Jesús. Ella ponía en cuestión, si era correcto adorar en el monte de Samaria o si era mejor ir a Jerusalén para orar, -mientras que probablemente en su casa le esperaba el hombre número seis-.

El reconocimiento de pecado realmente es una oportunidad, “venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” (Lea Jn. 4:5-30.39-42) Uno puede esquivarse, pero entonces no se recibe ayuda.

Podemos recordar a Pilato, al que Jesús testificó: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”. En esta hora, cuando Jesús estaba delante de él, Pilato se esquivó con la pregunta: “¿qué es la verdad?” (Jn. 18:37.38).

Aquel que no quiere reconocer lo que es pecado y que el mismo es pecador, tampoco podrá comprender lo que es la salvación y quien es el Salvador.

Día 5

Lc. 10:29; 16:15

El maestro de la ley se justificaba con la pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?” ¿Se puede saber siempre, quién es el prójimo de uno? ¡No es posible que cualquiera puede ser el prójimo!

Jesús no se quedaba con la teoría, Él iba a la práctica: con una historia Jesús presentó un cuadro. (Comp. Lc. 16:19ss.) Un cuadro que tiene una escena en primer plano y tiene un fondo; algo cercano y algo que está lejos. Pues éste debía contestar a la pregunta por el prójimo.

En primer plano: En el camino yacía alguien, cuyo nombre, posición, edad, origen no importaba por el momento. Se dice simplemente: “un hombre”. Él había caído en manos de ladrones, que lo despojaron de todos sus bienes, lo golpearon y lo dejaron. Ahí estaba medio muerto, una pequeña chispa de vida aún estaba en él, sobre él ya daban vuelta los buitres, esperando su muerte. Él no podía hacer nada, sólo abandonarse a su destino y esperar su muerte, únicamente que alguien llegara por ahí y tuviese misericordia con él, alguien, quien pusiese un alto a su inminente muerte y lo llevase nuevamente a la vida. (Lea Ez. 16:6-9).

Algo más se veía en el primer plano: una persona, inclinada sobre el herido, la segunda persona principal de este cuadro. Uno, cuyo nombre u origen por lo menos tenía importancia, pues fue un mote: “un samaritano”. Un despreciado, ante el cual uno torcía la cara, ante el cual uno hacía un rodeo. Uno al que no se le daba la mano, únicamente en el caso que en seguida se la podía lavar.

En el fondo: dos personas que se alejaban rápidamente, un sacerdote y un levita. Con este cuadro Jesús quería despertar la conciencia del maestro de la ley. (Lea Hch. 17:30.31; Job 42:5.6; 2S. 12:1-9.13; Sal. 51:1-3.)

Día 6

Lc. 10:29-32; Pr. 14:21

En la soledad de este camino de Jerusalén a Jericó, el herido casi no podía esperar que alguien lo encontrara, y mucho menos le ayudara. Él estaba expuesto a la muerte segura. Sin embargo, lo que no se podía esperar, pasó: “Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino”. Jesús no describió lo que pasó en el herido, si se despertó nuevamente la esperanza, cuando un hombre se le acercaba, y más aún, era un sacerdote. Pero, ¡qué terrible, qué inconcebible!: “y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo”.

Jesús contó la historia a aquel que le preguntó: “¿y quién es mi prójimo?”, para que él se reconociera a sí mismo. ¿Acaso no pertenecía también al mismo grupo como aquel sacerdote y ese levita? “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! ... dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe” (Mt. 23:23; lea Is. 58:4-7; Pr. 19:17; 21:13; 24:11.12). Desinteresados pasaban de largo del desdichado.

¿Acaso nosotros también pasamos de largo? “Puede ser que nos acordemos de mucho lo que hemos obviado: cartas sin escribir, visitas no hechas, promesas no cumplidas. Una cantidad incontable de buenos propósitos, que se deshicieron como agua; nada de carácter criminal, sólo cosas normales, que estaban al alcance de la mano, pero no se hicieron. ‘Y pasó de largo... él pasó de largo’. Pasando al lado del prójimo. No estaba medio muerto al lado del camino, lo hemos encontrado en la misma calle, quizás pasamos juntos la puerta de la misma casa. La verdad es, no estuvimos tratándolo mal, pero, pasamos de largo” (W. Lüthi; lea Sal. 41:1; Hch. 16:33; 28:1.2; He.13:3.16).

Día 7

Lc. 10:33-35; 1Ts. 5:15

Otro más llegó al lugar de la desgracia, un samaritano, nacido en un pueblo mezclado de judíos y gentiles. Los samaritanos y los judíos eran enemigos, y los judíos no querían tener nada que ver con aquellos (Jn. 4:9). Del samaritano el moribundo no podía esperar nada, quizás ya no esperaba nada.

Pero el samaritano se paró, no pasa de largo. "... viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese".

Podemos pensar: ¿Acaso es algo extraordinario, un hecho heroico, lo que el samaritano hizo? Si los dos hombres que pasaron y salieron rápidamente no hubieran estado en este cuadro, lo tomaríamos como lo más normal, lo que hizo el samaritano. Él hizo lo que era necesario en ese momento. Para eso tenía que bajar de su animal, tenía que poner mano a la miseria, tenía que sacrificar un día y una noche de su tiempo valioso, dar lugar al otro en su propio animal, levantarlo y también pagar los costos. Él no vacilaba, no ponía límites: "... y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese". (Lea Pr. 11:25; Hch. 20:35; 2 Co. 8:9-15; 9:6.)

Ahora también estamos cuestionados nosotros: ¿hacemos lo que tenemos por delante? ¿Pasamos de largo? ¿En cuál situación ya hemos pasado de largo? ¿En cuáles momentos lo hacemos una y otra vez? ¿Qué sería lo más cercano que debo hacer, o quién es el prójimo para mí hoy? "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". (Lea Mt. 25:35-40; He. 6:10.11.)

Día 8

Lc. 10:29; Ro. 13:8

“¿Y quién es mi prójimo?”, pregunto yo. Y escucho la voz en mi corazón: tú bien lo sabes. No lo hagas complicado, no le des vueltas, ¡abre los ojos! En todos lados tienes posibilidad de practicar misericordia y amor. En cada lugar encuentras necesidad. No debes pensar: yo no soy importante. ¡Siempre debes amar a tu prójimo! (Comp. 2 S. 17:27-29; Ro. 12:13; Mt. 5:41.42.)

Pero nosotros no queremos escuchar de la historia de Jesús solamente: ¡Tú debes! ¡Te es necesario aplicarla a tu vida! La historia del buen samaritano no es un mandato para una “conducta decente”, sino que va dirigida a nuestro corazón. No es reprensión sino consuelo. No es una ley que mata, sino vida verdadera, evangelio que da vida. Esto notamos por el giro sorpresivo que Jesús dio a la historia.

Un expositor escribió: “Jesús hizo al final una extraña pregunta que confunde. Una pregunta que quiere ayudar a encontrar la respuesta decisiva para ubicarse uno mismo en el cuadro. Con esa pregunta Jesús enfatizó lo más importante: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”

Preguntado así, de parte del herido, la respuesta es lógica y sencilla. ¿El prójimo? Sí, es aquel que lo trató con misericordia, que no siguió de largo, sino aquel que lo vio y se inclinó sobre él. ¡Un resultado inesperado! ¿Adónde nos lleva Jesús? ¡El prójimo, a quien debo amar, si quiero vivir, es aquel que me trató con misericordia, quien se inclinó hacia mí, quien curó mis heridas, quien me levantó a la vida y llevó todos los costos! (Lea Mt. 20:28b; 1 Ti. 1:15.16; 1 P. 1:18.19.)

Día 9

Lc. 10:36.37; Sal. 103:8-10

“¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” Es impresionante la manera cómo Jesús trató de abrirle los ojos al que le preguntaba. El Señor no lo dejó parado, no siguió su camino, sino le ayudó a acercarse a Él: tú, maestro de la ley, que preguntas por la vida, esto podría ser el comienzo de la vida, el momento de tu nacimiento. Tú podrías ahora llegar a la luz y reconocer a tu prójimo, aquel, que está delante de ti, el despreciado Cristo, quien es tu prójimo más cercano. “Ahora, tú conocedor de la ley, podrías llegar a ser un conocedor de Cristo, podrías comenzar a ver y amar a aquel, quien es tu buen samaritano, quien se para al lado tuyo, se inclina a ti, te levanta en sus brazos, apretándote a su corazón, quien te lleva del morir a la vida, quien se encarga de todos los costos, ocasionados por ti” (P. Ruesch; lea He. 2:14-16).

Jesús estaba en el camino hacia Jerusalén, donde muy pronto sería también para aquel maestro de la ley un rechazado y despreciado. Él iba ese camino a la muerte, para poder ser en la hora más afligida, la del juicio, el prójimo para ese maestro de la ley. “Cercano está de mí el que me salva”. “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, por gracia sois salvos”. “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva”. (Is. 50:8.9; Ef. 2:4.5; 1 P. 1:3; lea 1 P. 3:18; Col. 1:12-14).

Día 10

Sal. 145:7.8; Mi. 7:18.19

Moisés tenía el gran anhelo de poder ver a Dios. Y Él se le reveló precisamente como el misericordioso. “Pasando Jehová por delante de él (Moisés) proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares...” (Éx. 34:5.6).

La revelación de la misericordia de Dios pasa como un hilo rojo por toda la Biblia. “Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias” (según el Sal. 103; lea Dt. 4:31; Neh. 9:17; Sal. 78:38; 86:15; 116:5).

El brillo mayor de la misericordia de Dios lo vemos en nuestra salvación de pecado y del juicio. Él la reveló al enviar a su Hijo para nuestra redención. La misericordia de Dios ofrece la salvación en Cristo Jesús a todos los hombres. “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7; lea Jl. 2:12.13; Lc. 1:78.79; Jn. 6:37).

“¡Qué gran abismo que se tragó todos los pecados por la muerte de Cristo! Por eso se puede curar y vendar la herida; no hay ninguna condenación, porque la sangre de Cristo grita: ¡misericordia! ¡misericordia!” (P. F. Hiller)

La experiencia de misericordia produce agradecimiento y gozo. Esa experiencia nos quiere transformar en creyentes misericordiosos, y que no nos retiremos a la evasiva: “no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:4). Los creyentes misericordiosos están dispuestos a entregar su vida, sin poner límites ya al comienzo, por temor de perderse a sí mismos.

Día 11

Lc. 10:37b; Mt. 5:7; Zac. 7:9

“¡Ve, y haz tú lo mismo!” ¿El maestro de la ley le habrá entendido a Jesús? ¿Le habrá reconocido como su buen samaritano? ¿Habrá entendido y aceptado la invitación al camino de la misericordia vivida? Lucas no nos dijo cómo él se habrá decidido, pero no leemos nada de rechazo como en el caso del joven rico, quien también preguntó por la vida eterna, pero después de la respuesta “se fue triste” (Mt. 19:16-22).

El maestro de la ley en nuestro texto contestó a la pregunta de Jesús: aquel era el prójimo, “que usó de misericordia con él”. A este Jesús le dio la tarea: “¡Ve, y haz tú lo mismo!”

Cada persona tiene un prójimo. Usted no es responsable sólo por su propia vida, sino también es parte del círculo de vida de otras personas. Ese círculo puede ser pequeño o muy extenso, usted no puede excluir la realidad de su vida de que pertenece a una comunidad. En esto no es lo principal quién sería su prójimo, sino a quién usted fuere el prójimo. También es verdad que uno no puede elegirse al prójimo. (Lea 2 Co. 9:8; 1 P. 3:8.9; Sal. 37:21b.)

El que experimentó misericordia, también puede ejercer la misericordia. Una persona dijo burlándose: “¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo! ¡Tontería! ¡Cada cual es el prójimo de sí mismo! Los hombres aman a aquellos que son amables con ellos, y de los que pueden esperar algo”.

Jesús dijo: “si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? ... Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada... y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc. 6:32-36; lea Ro. 12:8b; 2.Ti. 1:16-18; Stg. 2:13).

Día 12

Lc. 10:33-37; 1 P. 2:24

“El que usó de misericordia con él”. El cuidado de la herida y la amplia asistencia del buen samaritano corresponden al obrar de Jesús. Nosotros tuvimos y quizás tenemos aún hoy muchas profundas heridas; también se nos tratará una y otra vez mal y recibiremos heridas. Jesús cura y venda, Él, mi prójimo, se preocupa por mí.

En la sinagoga de Nazaret Jesús se refirió a la profecía de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón” (lea Lc. 4:16-19). “Él vendará (la llaga)... sus manos curan”. “El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas”. “He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré”. (Job 5:18; Sal. 147:3; Jer. 33:6; lea Sal. 30:1.2; 107:20; Jer. 3:22; 17:14).

No debemos estar lastimados y heridos para siempre. Jesús cura. Y tampoco necesitamos pasar de largo a personas heridas, o ir al otro lado de la calle. El sacerdote y el levita se sentían suficientes con su piedad. Ellos pensaban actuar según la ley de Dios, pero no tomaban en cuenta, que el amor a Dios se hace visible por el amor en acción con el prójimo. A ellos les faltaba el corazón misericordioso por el herido.

Miremos a Jesús: Él llegó a ser mi prójimo, cuando actuó conmigo con misericordia, aunque le costaba su vida. Y Él sigue siendo mi prójimo. Siempre tengo a Jesús como el que está más cerca de mí. Él se inclina a mí, sana heridas, me cuida, paga los costos por mí, hasta que llegue a la meta. (Lea Sal. 145:18; Jud. 24.25). Él pone Su misericordia en mí, para que pueda ser el prójimo a aquel, con quien me encuentre. Para que pueda caminar en mi vida cotidiana, como aquel buen samaritano en la calle de Jerusalén a Jericó: “y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas...”